

Modernistas hispanoamericanos. Interacciones y transferencias culturales (1881-1933)*

JULIÁN DURAZO HERRMANN**

ISSN (digital): en trámite

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v1i44.2858>

El libro de Rogelio de la Mora, *Modernistas hispanoamericanos. Interacciones y transferencias culturales (1881-1933)*, es un libro corto, de apenas 142 páginas, pero que presenta sucinta y directamente un argumento completo y atractivo: que el modernismo hispanoamericano, como corriente cultural, se desarrolló en estrecha relación con algunas de las grandes tendencias literarias de Occidente. De esta manera, contribuyó a afianzar la pertenencia de pleno derecho de América Latina a esta civilización. Estos diálogos ocurrieron no sólo en la formación académica y literaria de los escritores y pensadores hispanoamericanos, en la comodidad de sus hogares y sus escuelas de clase media y alta en sus países de origen, sino —sobre todo— en interacción directa con sus pares al exterior: en Nueva York, Londres, Italia y París.

* Rogelio de la Mora Valencia, *Modernistas hispanoamericanos. Interacciones y transferencias culturales (1881-1933)*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2022, 142 pp. ISBN: 9786078858200.

** Université du Québec à Montréal, Canadá, e-mail: durazo.julian@uqam.ca.

Éste no fue un diálogo entre iguales. Los modernistas latinoamericanos leyeron, citaron, discutieron y escribieron a los grandes escritores del *fin de siècle* europeo. Cuando los demás lo habían abandonado, los modernistas apoyaron al británico Óscar Wilde —uno de sus ángeles caídos— en su desgracia. Sin embargo, nos señala Rogelio de la Mora, los europeos no leyeron, ni citaron ni escribieron a los americanos, limitándose a discutir con ellos cuando se los encontraron en los salones literarios de París y otras ciudades europeas.

Si el modernismo hispanoamericano se integró a Occidente, lo hizo en una posición marginal y subordinada, al menos en un principio. Aunque el modernismo marcó profundamente el pensamiento y el quehacer cultural hispanoamericano del siglo xx, debieron pasar varias generaciones antes de que otra corriente cultural latinoamericana —el realismo mágico— marcara a Occidente y lo obligara a entrar en diálogo franco y abierto.

La relación del modernismo con la modernización económica que representó el auge del capitalismo industrial de fines del siglo XIX no es directa. Por un lado, el modernismo coexistió directamente con el capitalismo y se aprovechó directamente de él, especialmente en la aceleración de las comunicaciones y los transportes que permitieron a los modernistas hispanoamericanos viajar más fácilmente a Europa y permanecer simultáneamente en contacto con sus públicos en América por medio de sus libros, revistas y otras publicaciones literarias. Materialmente, la integración con Occidente se volvió más fácil en todos los sentidos.

Sin embargo, el modernismo no dialogó directamente con los grandes temas del capitalismo económico: la industrialización, el avance tecnológico, la urbanización, la transformación de las desigualdades sociales. El modernismo tampoco se sintió aludido por la Primera Guerra Mundial y sus horrores, a pesar de que algunos de los modernistas más conocidos vivían en Europa en aquel momento, justo antes o justo después.

Por el contrario, el modernismo se identificó por su rechazo a la gran corriente cultural que lo precede: el romanticismo. Como nos recuerda el autor, la renovación que propuso el modernismo se encuentra en sus claves estéticas y temáticas —y en el alcance más allá de las fronteras de los países

de origen que tuvieron sus miembros más destacados, es decir, en las interacciones y transferencias culturales que señala el subtítulo del libro.

El modernismo hispanoamericano no fue una corriente exclusivamente literaria. Como lo indica Rogelio de la Mora, los modernistas tuvieron también preocupaciones políticas importantes que se expresaron en su trabajo. En algunos casos, como el José Martí, la literatura, el periodismo y el nacionalismo se entretrejieron en una sola reflexión que llevó al poeta a sacrificar su vida en una insurrección por la independencia de Cuba. En otros, como el del peruano José Carlos Mariátegui, el pensamiento político predominó sobre los demás y lo llevó a echar los fundamentos del indigenismo latinoamericano moderno. En todos ellos, el antiimperialismo se manifestó de forma patente, tocando así —muy de lejos— a otras tradiciones de pensamiento críticas del capitalismo. A pesar de una cierta ambigüedad, las manifestaciones políticas del modernismo hispanoamericano tuvieron efectos importantes en el siglo XX americano.

La confluencia de las dimensiones poéticas y políticas del modernismo hispanoamericano con las corrientes culturales europeas de principios del siglo XX, mostró también algunas de las facetas más oscuras del modernismo. La fascinación por las grandes tendencias de los salones literarios, por la modernidad estética y por una cierta

idea de Italia llevaron a autores como el guatemalteco Gonzalo Zaldumbide a frecuentar e imitar a Gabrielle d'Annunzio, el poeta y aventurero precursor del fascismo, quien fascinó a generaciones de italianos —y, como lo vemos en *Modernistas hispanoamericanos*, también latinoamericanos— con su lenguaje plástico, su excentricidad y su temeridad sin límites.

Más allá del antiimperialismo, y dado el origen socioeconómico de sus miembros, el modernismo hispanoamericano se aventuró poco en el cambio social que marcó su época. Por un lado, los modernistas manifestaron una gran tolerancia a la homosexualidad masculina, manteniendo su admiración —y un cierto grado de apoyo material— por Wilde, incluso después de su prisión y su desgracia. Así hicieron manifiesto que, en la perspectiva modernista, esas dimensiones del carácter humano no tenían cabida en un debate puramente literario.

Al mismo tiempo, el modernismo hispanoamericano mantuvo —y reprodujo— las normas rígidas del patriarcado. Rogelio de la Mora cuenta la historia de la intelectual francesa Andrée Alphonse, quien dejó sus salones literarios y una prometedor carrera como escritora y traductora en Francia por acompañar a su marido Francisco Contreras de regreso a Chile. En Francia, Contreras aprovechó las conexiones que le proporcionaron los salones literarios de Alphonse, así

como su talento como traductora, lo que le permitió a Contreras —caso raro entre los modernistas hispanoamericanos— darse a conocer en vida entre un público no hispanoparlante. Sin embargo, ya en Chile, cuando él murió, ella se vio sumida por años en el olvido y en la pobreza más extrema, sin recursos en un país lejano y ajeno.

En *Modernistas hispanoamericanos*, Rogelio de la Mora no estudia los espacios propiamente hispanoamericanos del modernismo, pues se concentra en la interacción que los modernistas tuvieron con las corrientes literarias europeas y las transferencias culturales que obtuvieron de ellas. No obstante, en el texto se asoma la contribución del modernismo a la consolidación de la idea de América Latina como un espacio cultural propio, rico y dinámico: la creación de revistas literarias leídas en todo el continente, la colaboración y el diálogo —éste sí horizontal— entre pensadores y literatos de distintos países, y su contribución al surgimiento de un espacio político latinoamericano (véase, entre otros, la labor diplomática del mexicano Amado Nervo en Argentina y Uruguay).

Más difusa, pero también presente en el libro, es la convergencia de las corrientes culturales hispano y lusoamericanas. La *Semana da Arte Moderna* en São Paulo, en 1922, dio entrada al modernismo en Brasil y, con él, a un diálogo cultural tan

estrecho y fecundo que llevó al abandono de las nociones restrictivas de Hispanoamérica y América portuguesa y su substitución por la de América Latina, que engloba a ambas en una visión inclusiva. Como lo señala Rogelio de la Mora, éste es un estudio todavía por desarrollarse.

Como corriente cultural activa, el modernismo hispanoamericano fue muy corto. En la cronología de Rogelio de la Mora, duró de 1881 a 1933. Aunque fue breve, también fue extraordinariamente popular. A pesar de ello —o por causa de ello—, el modernismo también provocó reacciones intensas y controversias airadas (resumidas en el soneto “Tuércele el cuello al cisne”, del poeta mexicano Enrique González Martínez). Queda fuera de toda duda que, a fines del

siglo XIX e inicios del XX, América Latina se integró a Occidente como un espacio civilizatorio por derecho propio, en diálogo rico y abierto con las corrientes culturales en boga en los países dominantes. Este espacio, subordinado en un principio, se mantuvo, se desarrolló y sigue inspirando a generaciones de latinoamericanos hasta nuestros días.

El libro de Rogelio de la Mora no es un estudio exhaustivo, ni es ése su objetivo. Una de sus mayores virtudes es que suscita muchas interrogantes, que podrán convertirse en otras tantas líneas de investigación que partan en muchas direcciones. *Modernistas hispanoamericanos. Interacciones y transferencias culturales (1881-1933)* nos invita a continuar leyendo, escribiendo y dialogando.